





El Jurado de este Premio estuvo compuesto por Anastasio Paredero Rodríguez, presidente; Concha López Díaz, Pura Azorín Zafrilla, y Martín Martí Hernández, secretario.



© José Antonio Palomares
© I. E. S. "José Luis Castillo-Puche"

Edita: I. E. S. "José Luis Castillo-Puche"
Diseño colección: Victoria Carpena
Imprime: Yecla-Grafic, s. l.
I.S.B.N: 84-933649-1-6
Dep. Legal: MU-2330-2005





El cornezuelo de cola azul



José Antonio Palomares





*A Rebeca,
que me miraba con los ojos
brillantes mientras se lo contaba.*



-Mañana vendrá otro hombre blanco a la isla -dijo con su voz suave y lenta Aponathawa.

No dije nada. A Aponathawa le fascina verme perder la calma por cualquier razón. Tiene cuarenta o cuarenta y cinco años, pero se comporta como un niño, y disfruta contándome las cosas de la peor manera posible para verme perder los estribos. Creo que es una manera de afianzar su superioridad sobre el hombre blanco. Por eso prefiero contar hasta diez y aparentar indiferencia.

Encendí un fósforo y lo acerqué a mi pipa. Me cuesta mucho mantener esos dos lujos: las cerillas y el tabaco holandés. Me traen un paquetito en el hidroavión, cada dos semanas, a precio de oro. Cada quincena temo que alguien haya cometido un error y mi suministro no llegue: eso supondría para mí una catástrofe. No puedo encargar demasiado porque se estropearía; la isla es extraordinariamente húmeda y el sabor del tabaco se acabaría resintiendo.

-Otro doctor blanco -insistió Aponathawa y esta vez sí se me heló la sangre.

Chupé de mi cachimba; el tabaco en la cazoleta se tornó rabiosamente naranja. Miré al indio a los ojos. Quiero demostrar constantemente a todos los miembros de la tribu que soy más sabio y poderoso que ellos, que en todo momento poseo el control de todas las cosas, que el único jefe soy yo. No siempre lo consigo. En realidad casi nunca.

-¿Qué quieres decir, Aponathawa? -dije por fin; le hice una seña a Robert. Robert es mi joven ayudante irlandés. Sólo lleva siete años conmigo, y es un jovencito servicial y atento que se ocupa, esencialmente, de solucionar todos los problemas prácticos que a mí me costaría días resolver.

-Otro doctor blanco vendrá mañana a la isla -volvió a decir Aponathawa. Por alguna extraña razón, cuando pides más explicaciones a un nativo, éste interpreta que no has entendido lo que le has dicho, y repite las mismas palabras hasta que le haces comprender que quieres saber más; les puedo asegurar que en ocasiones es desesperante.

-¿En el hidroavión? -intervino Robert.

Aponathawa sonrió satisfecho y asintió. Se daba cuenta de que había atrapado nuestra atención y no hay cosa que le guste más en el mundo, si exceptuamos el whisky irlandés con el que le soborno (otro lujo a precio de oro que tengo que mantener por el bien de la expedición).

-¿Cómo es posible? -exploté por fin, y vi en los ojos de Aponathawa que se estaba divirtiendo enormemente-. Pensaba que tenía la única autorización para estar aquí.

Tener la única autorización para explorar la zona también me cuesta un ojo de la cara, por cierto. Pero me permite que nadie más pueda hacerme sombra en el estudio del cornezuelo azul. Sólo existe en el mundo una colonia conocida de este extraordinario pájaro, y esa colonia está precisamente en esta isla, Warahai, lo cual me permite poseer, por así decirlo, la exclusividad de su estudio mundial.

-El Gobierno ha concedido otra licencia a otro doctor blanco -dijo Aponathawa.

Aponathawa es un formidable embustero; el Gobierno no concede licencias sin pedirle permiso a él, que es el jefe de la isla. Desde tiempo inmemorial la familia de Aponathawa ha

ostentado el poder en Warahai, y el Gobierno aún permite cierto grado de autonomía. En la práctica esto se limita a que Aponathawa recoge parte de los impuestos que pagan todos los habitantes y a que recibe constantemente sobornos de mi parte para que me permita continuar mis investigaciones sobre el cornezuelo. A cambio Aponathawa mantiene en paz a los belicosos habitantes de Warahai; y permite que yo continúe mis estudios en su territorio.

Chupé furiosamente de mi pipa y lancé el humo; quise hacerlo a la cara de Aponathawa, pero en el último momento conservé el buen sentido y no lo hice.

-Me pregunto cómo es posible que otro doctor blanco consiga una autorización -dije.

Aponathawa sonrió enigmáticamente. Le amenacé con la pipa.

-Aponathawa, tenemos un acuerdo. No me gusta que me traicionen.

Aponathawa borró la sonrisa de su rostro. De pronto su cara parecía enormemente arrepentida.

-No, doctor, nadie le ha traicionado, me ofende que lo piense. Y me duele también. Esto no cambia el acuerdo. Sólo usted tiene permiso para ir a la Zona Prohibida.

Aponathawa, ese maldito farsante, llama la Zona Prohibida a la región Norte de la isla, donde está la colonia del cornezuelo. Nadie puede llegar hasta allí, excepto Robert y yo.

-El doctor Magnusson podrá ir a cualquier parte de la isla excepto a la Zona Prohibida.

Robert se sobresaltó visiblemente. Yo mordí con fuerza mi pipa. Magnusson. El doctor Tobias Magnusson. El hijo de perra de Tobias Magnusson.

-¿Cuánto te ha pagado por ello, Aponathawa? ¿No tienes suficiente con lo que te doy yo? -le pregunté con rabia.

Robert me cogió del brazo para impedir que siguiera hablando y calentándome. A pesar de todo, dependíamos de él para seguir trabajando, y no nos convenía que fuera nuestro enemigo: podría fácilmente convertir nuestra licencia en papel mojado y alejarnos del cornezuelo, justo en el momento en que estábamos tan cerca de comprender la razón de su insólita y excepcional conducta. Por eso había que ser más cuidadoso que nunca con Aponathawa, cualquier error podría llevarnos al desastre. Y, naturalmente, cualquier intrusión, especialmente la del doctor Tobias Magnusson, nos conduciría de cabeza a la catástrofe.

Aponathawa permaneció en silencio, haciéndose el ofendido. Le sale muy bien ese gesto; lo practica a menudo conmigo y casi siempre con mucho éxito. No en vano él tiene la sartén por el mango la mayor parte de las veces.

-El doctor Magnusson no tiene fama de ser un buen hombre -intervino suavemente Robert.

El doctor Magnusson es mucho peor que eso. Además de ser tan sueco como su nombre promete e incluso más, es un miserable que viaja por el mundo aprovechando las investigaciones ajenas para construir su carrera. Desde hace tiempo tiene puesta su mirada de chivo en mi colonia de cornezuelo. Innumerables veces he sabido de sus intentos para acudir a Warahai y estudiar él mismo al cornezuelo en lugar de seguir mis avances a través de la revista científica que publica tan cortésmente mis artículos. Hasta ahora había conseguido bloquear su perniciosa presencia en la isla a costa de grandes esfuerzos de mi chequera y de interminables gestiones de Robert con el gobierno del país. Pero de alguna manera esta vez Magnusson había conseguido zafarse de mi vigilancia, supongo que con métodos similares a los míos, y era prácticamente inevitable su presencia.

-¿Por qué no es un buen hombre? -preguntó con

curiosidad Aponathawa. Le fascinan las peleas entre hombres blancos. Cuando Robert y yo discutimos y él está cerca le brillan los ojos de excitación, y se humedece los labios continuamente. Su cara se convierte en una desagradable máscara de avidez; a veces pienso que le encantaría que lucháramos a puñetazos sólo para su diversión. Me gustaría creer que siente una fascinación semejante a la que sentimos nosotros cuando leemos las míticas historias de las guerras entre los dioses griegos; pero me temo que él nos mira más bien con el interés con el que nosotros observamos cómo luchan entre sí dos monos: con curiosidad por ver cuánto se parecen en sus tácticas a los humanos, sobrecogidos por la ferocidad y la crueldad que se dispensan entre ellos y que tanto nos recuerda a nosotros mismos.

-El doctor Magnusson es un hombre poco escrupuloso -dijo diplomáticamente Robert, con su tacto habitual-. Corren rumores de que ha robado en otras ocasiones los trabajos de otros.

Aponathawa decía que sí con su cabeza pequeña y redonda, aunque debía resultarle difícil de comprender cómo era posible que el doctor Magnusson robase trabajos; y también por qué eso nos afectaba tanto.

-Como es natural, el profesor teme que el doctor Magnusson estropee los frutos de su trabajo.

Pero Aponathawa le interrumpió, vivaz y aparatosamente como un italiano, moviendo los brazos y haciendo aspavientos:

-¡No, nunca, jamás pasará mientras Aponathawa esté aquí! ¡El doctor y yo, hermanos de sangre! La traición sería castigada, Magnusson no podrá robar al profesor.

Sonreí cortésmente. Demasiado bien sabía que Aponathawa me vendería, literalmente, si Magnusson le ofrecía

un precio justo.

-¿Cómo impediremos que el doctor Magnusson no entre en la Zona Prohibida? -pregunté con calma.

Aponathawa volvió a mostrar su sonrisa enigmática. Le odio cuando sonrío así porque no sé en qué está pensando. Sé que debajo de su máscara perfecta hay un plan retorcido y malévolo que le permitirá aprovecharse de la situación y sacar tajada de mí. Lo ha hecho miles de veces en los últimos diecisiete años. A veces pienso incluso que vive sólo para inventar nuevos y maquiavélicos proyectos que me pongan contra la pared.

-Doctores separados, zonas separadas. Para usted la Zona Prohibida, para el doctor Magnusson la Zona Secreta. Ahí estaba la trampa.

-¿Qué Zona Secreta, Aponathawa? Nunca habías hablado de ninguna Zona Secreta- le interrogué sabiendo que la resistencia era inútil.

-No hay que preocuparse -contestó él mostrando las palmas de sus manos como disculpándose por anticipado, y supe que realmente sí había mucho de lo que preocuparse-, no le afecta nada, buen doctor -porque cuando Aponathawa quiere apaciguarme me llama buen doctor y, a veces, insigne profesor, unas palabras que son un verdadero trabalenguas para él-, Él un lado de la isla sin interés, usted los pájaros.

Se levantó dando por terminada la discusión. Robert intentó decir algo, pero Aponathawa le miró fijamente con su pequeño y redondo rostro mortalmente serio, y mi joven ayudante prefirió no insistir en un tema que, en cualquier caso, ya no tenía solución. Aponathawa nos hizo una reverencia y salió de nuestra cabaña. Le vimos alejarse con sus pasos patizambos, su grotesco y pequeño cuerpo moviéndose lentamente.

-Quizá sea verdad que no vaya a pasar nada -insinuó débilmente Robert-, tal vez Magnusson no viene a estudiar el cornezuelo.

Pero los dos sabíamos que la única razón para que un doctor sueco visitase una isla perdida como Warahai era el cornezuelo de cola azul. Y la única manera de impedir una jugada sucia del mismo doctor sueco era evitar que se acercase al hábitat del cornezuelo. Aponathawa nos había prometido que Magnusson no podría explorar la zona donde vivía el cornezuelo; pero las promesas del nativo se olvidaban en cuanto aparecía en escena una buena caja de whisky irlandés. Tendríamos que vigilar estrechamente, nosotros mismos, al doctor sueco, desde el mismo momento de su llegada. Y eso nos dejaría poco tiempo para dedicarlo a nuestro verdadero interés: el estudio del ave más fascinante que haya existido sobre la Tierra.

La pipa se me había apagado. Pensé que era un mal presagio; no andaba desencaminado.

Al día siguiente no nos levantamos a las seis de la mañana, como hacemos siempre, ni fuimos al campamento base desde el cual recopilamos datos sobre el cornezuelo. El hidroavión llega con una puntualidad exquisita cada quince días, hora más, hora menos, al mediodía. Queríamos estar allí cuando llegara el doctor Magnusson para transmitirle nuestra más calurosa bienvenida y para que supiera que nosotros estaríamos fijándonos en sus movimientos.

Se había formado un comité de recepción junto a la bahía en la que amerizaría el hidroavión. No hay muchas diversiones en Warahai. La llegada del hidroavión, que pilota un hombre blanco de facciones simiescas llamado Lombard, supone cada quincena un acontecimiento de gran magnitud social en el poblado. Dos o tres días antes se puede oír en

corrillos organizados espontáneamente formular hipótesis sobre qué traerá Lombard de la civilización. Son conversaciones absurdas porque todos sabemos qué va a traer: cada quincena se hace una lista de las peticiones de cada habitante y se le entrega a Lombard. Éste, a los quince días, trae lo que se le ha pedido, recibe el dinero que cuesta y recoge una nueva lista de peticiones. Sin embargo los nativos no se cansan de especular, piensan que tal vez un día Lombard demostrará iniciativa propia y les traerá, en lugar de unos pantalones, un cofre lleno de secretos inimaginables o retratos de mujeres de otras culturas y épocas. Se complacen en imaginar extravagantes razones para que Lombard les obsequie inesperadamente. También critican las peticiones de los otros habitantes de Warahai (las listas son públicas, porque el viejo Lhaihulema se encarga de difundirlas), y se burlan de los caprichos de sus vecinos. Luego viene el hidroavión y cada cual comprueba las cosas que le han traído, paga y tal vez hace nuevas peticiones, y pasan dos o tres días después de que se vaya el hidroavión hablando de la oportunidad de haber pedido tal o cual cosa y felicitándose por haber recibido lo que pidieron desde un principio, o alabando la calidad de los productos de sus vecinos. Ya digo que en la isla de Warahai las diversiones son mínimas y cuando se producen se explotan al máximo.

Así que allí estábamos Robert y yo, Aponathawa, que en condición de gobernante debía recibir al otro doctor blanco, y una treintena de hombres, mujeres y niños del pueblo que distraían la espera cantando suavemente y jugando a juegos propios de la isla. Saqué mi pipa y la cargué con tabaco. Luego le pedí a Robert que trajera su cuaderno para comparar notas. Que no fuéramos al campamento base aquella mañana no era razón para que nuestros estudios del cornezuelo de cola azul se detuviesen: cuando un pájaro tan peculiar como éste se

convierte en la única razón de tu existencia, en la única razón que te impulsa a levantarte cada día, cualquier minuto desaprovechado genera fuertes remordimientos. El cornezuelo de cola azul se ha convertido en una obsesión para mí en los últimos treinta años. O quizá antes, diría que se convirtió en una idea fija desde la primera vez que oí hablar de él.

La primera vez que oí hablar del cornezuelo de cola azul fue a los ocho años, exactamente el día antes de que mi padre nos abandonara a mi madre y a mí.

Mi padre, John Levinstone, era por entonces uno de los zoólogos más prestigiosos del país; era un experto ornitólogo cuya opinión, a pesar de su juventud (por entonces tenía cuarenta y un años), era escuchada prácticamente con veneración en las universidades más reputadas de todo el mundo. Catedrático de la materia en Oxford, se había labrado un nombre laboriosamente con sus estudios sobre la familia de los pinzones. Sorprendentemente, había hecho fortuna publicando un par de libritos divulgativos sobre el tema que le habían reportado beneficios económicos considerables.

Pero mi padre era un hombre muy ambicioso.

-Hijo mío -me dijo aquel día-, hay ocasiones en las que un hombre debe elegir entre seguir el camino fácil de la vida o abrirse paso a dentelladas entre las dificultades para conseguir la gloria.

Mi padre siempre hablaba así, tan pedantemente, haciendo de cualquier cuestión nimia una oportunidad para exhibir sus dotes oratorias. Sus artículos tenían exactamente el mismo tono: pretenciosos, sobrecargados de metáforas y escritos como si los estuviera leyendo un locutor de la BBC de voz hueca y engolada. Sin embargo era también una dialéctica espectacularmente eficaz, que movía a la gente a actuar o les llenaba de un raro entusiasmo. Pero entonces yo no sabía nada

de eso. Yo sólo tenía ocho años y mi padre me parecía un héroe, sin más; miraba sus ojos azules y me parecía verlos brillar con una luz.

-Hay un pájaro maravilloso, Paul -me dijo susurrando, y aunque me estaba mirando a mí me di cuenta de que en realidad era al pájaro a quien estaba viendo-, un pájaro tan extraño y tan poco frecuente que apenas se conoce nada sobre él. Se llama el cornezuelo de cola azul, porque es similar a cualquier cornezuelo, excepto en que es un poco más corpulento y en su cola, que está hecha, según dicen los nativos, de un pedazo de cielo. Yo voy a estudiar ese pájaro, Paul, voy a descubrir todo sobre él y voy a convertirme en el zoólogo más grande de todos los tiempos después de Darwin.

Estaba entusiasmado. Dio largas zancadas por la habitación sin disimular su nerviosismo. Luego volvió a mí, se agachó y cogió mi cabeza con las manos.

-Tendré que dejáros a ti y a madre -me dijo mientras revolvía mi cabello-, porque el cornezuelo vive sólo en Malasia, hay una pequeña colonia en la isla de Warahai. El viaje sería demasiado largo y penoso para ti; y en cuanto a tu madre, la vida en una isla al otro lado del mundo no le resultaría nada gratificante.

¡Una isla en mitad del Pacífico! ¡Un pájaro prácticamente desconocido! Fue en ese momento cuando yo supe que dedicaría mi vida a ser ornitólogo, como mi padre, para poder dedicarme también al estudio del cornezuelo de cola azul.

Años más tarde me di cuenta de que además de un formidable zoólogo y un científico fanático, mi padre era también un estupendo embustero y un farsante, y que la razón para abandonarnos no se hallaba sólo en el exótico pájaro que ha supuesto la esencia de mi vida, sino en una rubia no menos

exótica que había conocido en Cambridge, la doctora Van Houten. La doctora Florence Van Houten era una rubia extraordinariamente rubia, extraordinariamente holandesa y extraordinariamente neumática y acompañó a mi padre a Warahai durante los primeros meses. Luego decidió que vivir en un poblado sin acceso al agua caliente era un sacrificio excesivo por un pájaro y por mi padre, y le abandonó la siguiente vez que llegó un hidroavión (de esto hace ya mucho tiempo, no era Lombard el piloto aunque sospecho que, a la vista de las condiciones de la máquina actual, sí el mismo hidroavión). Mi padre no se lo tomó a mal y se volcó en el estudio del cornezuelo, que para entonces ya se había convertido en una sensación mundial. Permaneció en la isla diez años más, haciendo acopio de datos y enviando de cuando en cuando artículos que se han convertido en clásicos de la ornitología, sobornando al padre de Aponathawa sistemáticamente y en general pudriéndose poco a poco en el clima de Warahai, que convierte al hombre blanco en poco tiempo en una parodia sudorosa de sí mismo.

Un día, inesperadamente, mi padre tuvo un accidente junto a la colonia de cornezuelos: se despeñó por un pequeño barranco y cayó directamente sobre una zona de rocas, donde se fue desangrando lentamente hasta morir. En Warahai corrió el rumor rápidamente de que mi padre estaba maldito, y que los dioses habían castigado su osadía.

Por eso no permitieron que nadie se acercara a la zona hasta que, siete años después, llegué yo a la isla. Me costó seis meses de discusiones, ejercicios de diplomacia y sobornos disparatados poder reanudar las investigaciones de mi padre. Desde entonces han pasado ya diecisiete años. No he vuelto a salir de la isla. Me da miedo de que si no estoy aquí alguien como Tobias Magnusson aproveche mi ausencia para ocupar

mi lugar. Y ya no podría vivir sin estudiar al cornezuelo azul. He construido mi vida alrededor de la pequeña colonia de cornezuelos. Mi infancia y mi adolescencia fueron un trámite necesario en mi preparación para estudiarlos. Luego, cuando mi padre murió y yo me gradué, empleé todas mis energías en marchar a Warahai. Llevo diecisiete años aquí y he publicado con mis estudios sobre el cornezuelo treinta y siete artículos y cuatro libros. Ahora soy un zoólogo respetado en todo el mundo; mucho más de lo que lo fue mi padre. Me han otorgado docenas de premios (nunca he ido a recogerlos) y he sido investido *honoris causa* en diez o doce universidades. El mundo científico espera ansioso el informe que publico anualmente en la revista más prestigiosa de zoología, la *Bugle Tribune*.

Pero todo este éxito es posible únicamente gracias a que sólo yo puedo estudiar la conducta del cornezuelo de cola azul en el mundo. En Warahai está la única colonia conocida, y la peculiaridad de la conducta del cornezuelo es tal que zoólogos de todo el mundo matarían por hallarse a unos metros de un nido de cornezuelo. Y sin embargo sólo mi ayudante, Robert, y yo hemos podido hacerlo. Hasta la llegada de Tobias Magnusson, desde luego.

Ya eran las doce y veinte y no había aún noticias del hidroavión de Lombard. Los habitantes del pueblo seguían hablando entre ellos, completamente tranquilos. Para un nativo el tiempo pasa de una manera distinta. Su percepción del tiempo es bastante tosca. Hablan, como en tantas culturas, de años y de lunas. Pero son incapaces de dividir su tiempo en horas. Hablan del principio de la mañana y del final de la mañana, y a ellos les parece bastante. Por eso, cuando les convoco a venir a mi choza a las cinco de la tarde, llegan en cualquier momento de la tarde, sin prisa y sin mostrar la menor

preocupación por su tardanza. Yo, por contra, soy un fanático de la puntualidad, y el retraso de Lombard sobre el horario previsto me estaba sacando de quicio. Robert me había repetido ya tres veces una observación sobre el cambio de plumaje de uno de los cornezuelos y la reacción que había provocado en su pareja, y yo no había contestado.

-Doctor, ¿está usted bien?

Han pasado ya siete años desde que nos conocemos; estamos al menos catorce horas al día juntos. Y sin embargo Robert aún me habla de usted.

-No pasa nada - contesté-. Me gustaría saber cuándo va a llegar ese condenado hidroavión.

Aponathawa estaba a nuestro lado y sonrió con su sonrisa lenta y perezosa. Le hace parecer un gato gordo y malvado que guarda un secreto.

-Tal vez haya tenido un accidente, doctor -dijo maliciosamente, y sus ojos me miraron divertidos.

Esa idea ya me había pasado por la cabeza. De hecho se me había ocurrido que esa era realmente la única solución posible, que Magnusson no llegara nunca a la isla. Me imaginé el hidroavión convertido en una bola de fuego estrellándose en la bahía y vi cómo se desvanecían todas mis preocupaciones de inmediato. En verdad si hubiera estado en mi mano, si hubiera tenido el poder de destruir en ese momento el avión con sus ocupantes, el taciturno piloto Lombard y el funesto profesor Tobias Magnusson, lo habría hecho, y eso nos habría ahorrado todos los problemas que sucederían más tarde.

Encendí la pipa para disimular mi malestar y Aponathawa hizo un gesto de disgusto. Ha adoptado en estos años casi todos los vicios occidentales, gracias al principio a mi padre y más tarde a mí, pero odia el tabaco, no entiende qué placer encuentro en fumar una pipa. Sin embargo sí encuentra



gusto en el whisky, siempre que sea irlandés, el coñac, siempre que sea francés, y la pornografía, siempre que sea inglesa. Tiene una vasta colección de botellas de whisky (las guarda y no estoy muy seguro del motivo, le da miedo destruirlas), y una aún más vasta colección de novelas eróticas que relee trabajosamente con su idioma atrabucado una y otra vez.

De pronto oímos el ruido del hidroavión. Fijamos nuestra vista en el cielo y lo vimos, primero del tamaño de un insecto, un moscardón plateado, y luego haciéndose más grande a medida que se acercaba. En pocos minutos ya estaba amerizando en la bahía y sus gigantescos motores ahogaban cualquier conversación. Volví a fantasear con la idea de ver aparecer una pequeña llamita en una de las hélices y que luego se transformara en un devastador fuego que acabara con toda la máquina y sus ocupantes, pero el destino se empeñó en llevarme la contraria. Los nativos botaron tres chalupas y se dirigieron animosamente hacia el hidro, que ya había apagado sus motores. Se abrió una portezuela y apareció el piloto, Lombard. Es éste un hombre serio y reconcentrado en sí mismo, ojeroso y seco, que nunca sonríe o si lo hace es como si le hubieran dibujado la sonrisa con una navaja o le hubieran abierto la boca de un hachazo, es una sonrisa dura y amarga.

Llegaron las chalupas a la altura del hidroavión y Lombard saltó a una de ellas. Desde ahí empezó a bajar bultos eficientemente. En otra de las chalupas se siguieron acomodando paquetes. Cada vez que uno de los paquetes era colocado en una de las barcas los nativos que estaban en la orilla rompían en vítores y aplausos. Pero Magnusson no aparecía. Mantuve algunos minutos más la esperanza de que finalmente no hubiera venido, pero al cabo lo vi aparecer, sonriente como una hiena, y bajar al bote más cercano.

Mientras remaban hasta nosotros volví a cargar mi



pipa. Las manos me temblaban y tiré un poco de tabaco al suelo. Lo barrí con el pie y dispersé las hebras. No quería mirar la canoa en la que venía Tobias Magnusson. A mi alrededor se arremolinaban los nativos. Algunos empezaron a cantar una canción de bienvenida que según ellos se remonta a sus más lejanos ancestros. Es una melodía hermosa que habla de la alegría del encuentro pero también de la tristeza que sobrevendrá con la separación. Habla de dos amantes que se encuentran en una montaña y de la muerte de uno de ellos algunas horas después. El superviviente recuerda su gran amor y bendice el momento en que se vieron por vez primera; luego se suicida para acabar con su tormento.

La verdad es que como canción de bienvenida es bastante fatalista y siniestra, aunque, como ya he dicho, es una canción muy hermosa. Los nativos la cantan suavemente, y eso hace que parezca un poco menos lúgubre.

La chalupa llegó a nuestra altura y Aponathawa hizo callarse a los cantantes ladrando una orden. Encendí la pipa y chupé mientras Magnusson saltaba de la embarcación. Es un hombre aún ágil para su edad, de movimientos felinos. Aunque ha cumplido ya los sesenta se mueve como un león, y en general su figura rubicunda es bastante similar a la de la fiera africana: tiene una desordenada melena rubia y un rostro rojizo, quemado por el sol, los ojos crueles, la sonrisa astuta, el gesto arrogante del tirano. Aponathawa le hizo una reverencia y también él se inclinó presuntuosamente. A su alrededor todos los nativos le rodeaban y gritaban entusiasmados. Robert y yo permanecemos a cierta distancia aparentando indiferencia mientras Aponathawa pronunciaba un discurso de recibimiento en el que agradecía la presencia de Magnusson y lo calificaba de invitado ilustre y perfecto doctor en su inglés ortopédico aprendido de oírme a mí y releer novelas pornográficas.

Magnusson contestó considerando un gran honor hallarse entre tan distinguida multitud, hablando mucho y bien de los antepasados de Aponathawa y de su cordialidad y confiando en que su estancia allí sería tan agradable como tenía la jactancia de imaginar. Finalmente, añadió algunas palabras en el idioma nativo que arrancaron aplausos de los presentes.

Luego se acercó a mí y me sonrió con esa sonrisa con la que ha embaucado, se dice, a algunas señoras de poco seso y contraria fortuna, y a algunos ministros de menor seso y escrúpulos equivalentes.

-El doctor Livingstone, supongo -dijo con ligereza. Su inglés es excelente, apenas se distingue un levísimo acento nasal procedente de Suecia-. Ah, el famoso doctor Levinstone, el más famoso zoólogo del mundo, ya que la modestia me impide competir.

En ese momento le odié más de lo que sería imaginable. Pensé que le odiaba más de lo que el humano puede odiar. Sin embargo, como en tantas cosas, estaba equivocado, porque con los días mi rencor hacia él se multiplicaría por mil. Pero entonces me parecía que mi odio era extremo.

Me tendió la mano mientras Aponathawa, que había llegado a su lado, nos miraba expectante. No se la estreché, y él la retiró sin dejar de sonreír.

-He leído todos sus artículos y estoy realmente ansioso de hablar con usted de ellos. Y tal vez refutarlos -dijo.

Reconozco que no soy un hombre frío; aquella actitud arrogante y pretenciosa acabó por deshacer mi escaso autocontrol. Le señalé con la caña de la pipa amenazadoramente y le dije con toda la acritud que fue capaz de reunir:

-Voy a decírselo alto y claro, Magnusson. No se acerque a mis cornezuelos. Haga lo que le venga en gana por el resto de la isla, pero no se acerque a mi colonia.

Los nativos callaron por completo. Un pinzón de cresta dorada lanzó su grito de celo, a lo lejos, y una hembra le contestó. El ambiente se hizo muy espeso mientras Magnusson buscaba una respuesta. Antes de que pudiera encontrarla, me di la vuelta y, acompañado de Robert, me alejé de allí.

Cuando llegamos a nuestra cabaña Robert, que había permanecido en un respetuoso silencio hasta entonces, se decidió a hablar.

-Quizá sus palabras no hayan sido las más prudentes, profesor -dijo con calma mientras yo cerraba de un portazo.

-¿Qué quieres decir con eso? ¿Es que estás defendiendo a esa sanguijuela? -le grité injustamente.

Lo encajó mal y acusó el golpe. Robert es extremadamente sensible cuando le ataco personalmente. Es un hombre muy serio en su trabajo, frío hasta la exageración, implacable cuando tiene que negociar con el gobierno malasio o con Aponathawa; pero basta que yo le levante la voz para que su barbilla siempre bien afeitada tiemble, que sus mejillas se sonrojen y sus ojos se humedezcan.

-Yo no lo defiendo, profesor, no lo defiendo -dijo apresuradamente. Se quitó las gafas y sus manos eran un manojo de nervios-, pero no ha sido prudente provocar a Magnusson, quizá habría sido mejor esperar a que se produzcan los acontecimientos.

-Es absurdo esperar a que Magnusson nos traicione; sabemos que lo va a hacer. Ahora él sabe que nosotros lo sabemos, y que estaremos vigilándole. Tiene una oportunidad para dejarnos en paz, a nosotros y a los cornezuelos. Por su bien espero que la aproveche.

Antes de que Robert pudiera responder oímos llamar a la puerta. Se abrió y entró Aponathawa. Nunca espera a que



lo invitemos a entrar. De hecho que llame antes de hacerlo es ya un pequeño milagro que me costó innumerables discusiones con él.

Ignoró a Robert y centró en mí toda su atención. Su pequeño cuerpo macizo se abalanzó sobre mí como si quisiera pegarme. Permanecí impasible, mirándole desde arriba mientras él me miraba con sus ojillos desde abajo.

-Estoy muy disgustado, profesor Levinstone, muy disgustado -dijo por fin, moviendo mucho las manos. Pero se veía a las claras que no lo estaba. Los ojos le brillaban de puro regocijo, y los pómulos no subían y bajaban de rabia como le pasa siempre que está enfadado.

-¿Ah, sí?- dije inocentemente -¿Y por qué?

Robert se desentendió de nuestra conversación y fingió ocuparse de unos papeles.

-Un invitado ilustre como el doctor Magnusson, un hombre docto respetado por la Ciencia casi tanto como usted -dijo Aponathawa con su acento ridículo-, y usted le insulta a la primera de cambio. ¡Mi honor ha quedado en entredicho!

Aponathawa es un farsante sensacional a la hora de hacerse el ofendido. Ni siquiera sabía qué era el honor hasta que lo leyó en una novela de caballerías de Walter Scott que tuve la desgracia de regalarle. Desde que entendió en Ivanhoe el concepto de honor, cualquier cosa que no entre en su planes o los desvíe mínimamente es una afrenta gravísima a su honor, una afrenta que, naturalmente, tengo que lavar a base de whisky, coñac, o fotografía pornográfica.

-No he insultado al doctor Magnusson -dije pacientemente.

-Peor aún. Le ha amenazado de muerte, ante toda la isla. He visto el espanto en el rostro de algún chico.

-Tampoco le he amenazado, y los niños de esta isla no



se asustan de nada. El doctor Magnusson no me es agradable y así se lo he hecho entender. Mientras él no se acerque a mis cornezuelos no ocurrirá nada malo. Pero si lo hace te recuerdo que tenemos un trato, Aponathawa, y te haré responsable de su cumplimiento -dije con gravedad.

-Ahora me amenaza a mí.

-Sí. Te estoy amenazando, Aponathawa. Si el doctor Magnusson se acerca a mis pájaros, se acabó nuestro trato. Y esto afecta a todos mis regalos.

Desde el fondo, Robert carraspeó para aliviar la tensión. Aponathawa recuperó su sonrisa obsequiosa. No es fácil meterle miedo a este hombre.

-El doctor blanco es un distinguido invitado de la isla, profesor, igual que usted. No se acercará a sus pájaros -dijo sonriendo melifluamente-. Y usted tampoco se acercará a él o a su zona.

-Mientras no se aproxime a mis cornezuelos no me importará lo que haga. Pero, ¿cómo vas a impedir que se entrometa en mis investigaciones?

-No tiene necesidad de ir a su zona, profesor -dijo Aponathawa, y juro que en su tono hubo algo, una inflexión extraña, o tal vez un brillo divertido y maligno en sus ojos, que me hizo sospechar. Muchas veces desde entonces he pensado que ése debió ser el momento en el que debí desentrañar la verdad, anticiparme a los acontecimientos y evitar el desastre que ocurrió después; pero a pesar de mi aprensión no conseguí dar forma a mi presentimiento y dejé pasar la oportunidad de preguntarle a Aponathawa-. Dos profesores, dos zonas. Ningún contacto entre ellos -y luego dijo mirándome muy fijamente:

-Usted no se acercará por su zona tampoco.

-No lo haré -dije.

¡Cuántas veces me he arrepentido de esas tres palabras



en los últimos meses! Robert había vuelto a distraerse mirando papeles y Aponathawa pareció dar por terminada su visita. Se dio la vuelta para marcharse, pero antes de irse decidió dejar bien claro quién era el que mandaba en la isla.

-He preparado una fiesta esta noche para el nuevo doctor blanco. Cuento con su presencia, por supuesto. ¿Cree usted que le gustará?

Cuando quiere, Aponathawa puede llegar a ser muy cruel. No le contesté; le miré con frialdad. Hizo una inclinación de cabeza y se fue.

La fiesta que le brindaron al doctor Magnusson fue realmente memorable, un éxito. Los mejores danzarines de Warahai bailaron durante horas iluminados por las hogueras, delante de Aponathawa y su distinguido invitado, que no perdió la sonrisa ni un momento. Robert y yo le observábamos desde cierta distancia, confundidos entre la multitud de habitantes que acompañaban con sus palmas los tambores tribales.

-Es curioso -me dijo en un momento Robert- que un hombre aparentemente tan cordial, tan inofensivo, pueda ser tan peligroso como el doctor Magnusson.

-Magnusson es una serpiente en un nido lleno de huevos. ¿Conoces la leyenda de que las serpientes hipnotizan a sus víctimas? Pues fíjate en Magnusson. Fíjate cómo fija sus ojos en Aponathawa, cómo le sonrío y finalmente cómo le devora.

-La verdad, doctor, creo que no ha nacido la serpiente que pueda hipnotizar a Aponathawa. Si alguien aquí debe ser devorado, será el doctor Magnusson. O más bien, la cartera del doctor Magnusson.

En eso Robert tenía razón. La voracidad de Aponathawa es infinita cuando se trata de esquilmar la fortuna del hombre





occidental. Llevo casi veinte años comprobándolo a intervalos perfectamente regulares.

-Lo único que debemos temer -continuó Robert- es que el doctor Magnusson sea más rico y generoso que usted. Pero eso es considerablemente difícil, si atendemos a su fama.

Magnusson, además de su prestigio como alimaña sin escrúpulos, también tiene el honor de ser considerado en todo el mundo como un ser mezquino y codicioso capaz de vender a su madre por un puñado de monedas de plata. No es fácil que alguien así esté dispuesto a derrochar su fortuna, laboriosamente ganada a través de una dura vida dedicada a la traición, en beneficio de un pequeño y exótico nativo. Ni siquiera aunque la recompensa sea la gloria de obtener los últimos descubrimientos sobre el cornezuelo de cola azul.

-Creo que iré a acostarme- anuncié a Robert-. Mañana debemos proseguir nuestro estudio de la colonia.

-Aponathawa se molestará si nos vamos tan pronto -objetó Robert.

-No me importa. Quería que estuviera aquí y he estado. No voy a quedarme a ver cómo me humilla o cómo rinde honores a Magnusson. Si mañana me dice algo, lo arreglaré con un par de botellas de whisky.

-Creo que a partir de ahora será difícil arreglar cualquier cosa con un simple par de botellas -dijo Robert cuando yo me iba alejando. Como de costumbre, no se equivocaba en lo más mínimo.

A la mañana siguiente nos levantamos con el sol. Aún se oía a algunos de los habitantes de Warahai que seguían de fiesta. Distinguíamos cantos ebrios que se alejaban poco a poco camino de las playas.

Me encontré con Robert fuera de la tienda. Él había preparado ya todo el equipo. Sin decir nada, empezamos a



caminar hacia la zona de la colonia de cornezuelos. Aquí y allí veíamos a nativos tumbados en el suelo, durmiendo febrilmente por efecto del alcohol.

-Parece que anoche la fiesta de Magnusson se prolongó hasta altas horas- comenté-. Supongo que nuestro buen doctor sueco no nos molestará hoy. Bastante tendrá con recuperarse de la resaca. Así aprenderá que las resacas en el trópico son diez veces peores que las que se sufren en Occidente.

Sin embargo me arrepentí de pronunciar estas palabras de inmediato: enfrente de mí, el doctor Magnusson estaba despierto y vestido, y no parecía sufrir los efectos del alcohol. Estaba preparando un equipo muy similar al mío, y junto a él, un nativo iba cargando con sus bultos. Hice un gesto de fastidio y quise apartarme del camino antes de que me viera, pero Magnusson tenía la vista de un halcón, de un buitre, y me saludó:

-Buenos días, doctor Levinstone. Veo que es usted madrugador -aspiró el aire de la mañana, que aún era soportable. En tres o cuatro horas el ambiente se haría irrespirable-. Pero, naturalmente, no podía ser de otra forma para el zoólogo más famoso del mundo. El que quiere cazar algo interesante ha de estar despierto desde primera hora, ¿no es cierto?

Robert contestó por mí:

-Usted también se ha levantado muy temprano, doctor Magnusson.

Magnusson rió alegre; hubo un momento en que su carcajada me sonó cordial; luego torció los labios y su mueca se transformó en la boca cruel de un lobo.

-Es cierto, es cierto. ¡Pero es que yo también soy zoólogo! Y si quiero encontrar algo tan valioso como el doctor Levinstone tengo que madrugar tanto como él. ¡Quizá incluso más!

-Tal vez Aponathawa no ha hablado con usted -dije yo venenosamente.

-¿Sobre qué? Le aseguro que ayer el joven Aponathawa no paró de hablar. Nos hemos hecho muy amigos. Casi podría asegurar que me concedería cualquier cosa que yo le pidiese.

Esa velada amenaza acabó por sacarme de mis casillas.

-Profesor Magnusson, voy a ser meridianamente claro para evitar confusiones y problemas. Si sabe lo que le conviene no vendrá a mi zona por ningún motivo. Ninguno. No es usted bienvenido allí. Es más, su presencia, como seguramente le habrá dicho su buen amigo Aponathawa, no será bien recibida. No quiero verle junto a mi colonia de cornezuelos. Es coto privado. Mientras no se pasee por allí no tendremos problemas.

Magnusson me oía hablar mientras sonreía sardónicamente.

-Recuerde usted, profesor Levinstone, que esa regla vale para los dos. Usted tampoco debe acercarse al territorio que yo ocupo. Muy buenos días.

Inclinó la cabeza, hizo una seña al nativo que le acompañaba y empezó a caminar en dirección contraria a la zona en la que estaba mi colonia de cornezuelos. Le vimos alejarse, él caminando a buen paso, flexible y arrogante, y su criado indígena siguiéndole a duras penas, sobrecargado con todo el equipo que quería usar Magnusson.

-Creo que será mejor que continuemos nuestro camino -dije.

Proseguimos la marcha a un buen ritmo, sin decir una palabra más. La colonia de cornezuelos está escondida en un extremo de la isla, en una zona de difícilísimo acceso. La única manera de llegar hasta allí es pasar por un estrecho desfiladero por el que apenas cabe un hombre, a unos veinte minutos del pueblo. Allí, el camino se abre en un espléndido valle de forma



triangular, protegido por rocas escarpadas en dos de sus tres lados, y por una costa de salvaje orografía, en el último. Junto al mar, en una pared vertical llena de trampas en forma de rocas sueltas, habían establecido su colonia los cornezuelos de cola azul. Toda la colonia está cubierta por una espesa hiedra, que recubre los nidos dejando apenas hueco para que pasen los pájaros. Por lo que sabemos, esa colonia podía llevar allí fácilmente trescientos años: aparentemente los cornezuelos forman sus colonias en territorios muy concretos que no abandonan jamás. Cada pareja de aves toma posesión de un nido, un agujero natural en la roca, aunque protegido por las ramas y hojas, y no lo abandona mientras uno de los dos miembros de la pareja esté vivo. Los datos de los últimos cuarenta años indican que la población de cornezuelos se ha mantenido estable. En realidad, por lo que sabemos, probablemente apenas ha variado en los últimos doscientos años. El cornezuelo apenas tiene enemigos naturales: en Warahai no existen grandes depredadores; tampoco quedan serpientes del tamaño suficiente para romper la dura cáscara de sus huevos. Sin embargo cada pareja sólo pone un huevo en cada nidada, aunque de gran tamaño; no todos los huevos llegan a eclosionar, y los que lo hacen dan lugar a unos polluelos muy débiles que en muchas ocasiones mueren en las primeras semanas. En realidad en condiciones normales los cornezuelos no sobrevivirían, y a buen seguro es lo que ha ocurrido en otros lugares del mundo. Sólo las especiales condiciones de la isla de Warahai han permitido la supervivencia del cornezuelo.

El cornezuelo, a pesar de estas condiciones tan favorables, se mantiene en un frágil y precario equilibrio. Prácticamente cualquier acontecimiento podría afectar a su supervivencia. La colonia no ha crecido en número desde que



la estudiamos. No exagero si digo que un descenso ocasionado por un accidente cualquiera de cierta gravedad probablemente condenaría a la colonia a un lento pero seguro declinar, imposible de impedir, y por tanto nos llevaría a la extinción de la especie. Por eso todos nuestros pasos son tan cuidadosos cuando estamos en el territorio del cornezuelo. Tememos que el más mínimo cambio afecte a nuestra colonia y la acabe condenando a la destrucción.

Afortunadamente, el último peligro para los cornezuelos, el hombre, que podría fácilmente suponer su fin, también está conjurado. Para los habitantes de Warahai los cornezuelos son unos pájaros casi sagrados. La leyenda dice que cuando el héroe local, Thuathatawa, combatía con los dioses, el padre de los cornezuelos arriesgó su vida para llevarle el fuego; entonces los cornezuelos eran completamente rojos, incluida su cola, porque el plumaje del ave estaba hecho de llamas. Cuando la antorcha que el pájaro llevaba en su pico se apagó, el cornezuelo tomó su propia cola como llama para ayudar a Thuathatawa. Desde entonces, los cornezuelos no llevan cola roja, sino azul, en recuerdo de aquel día en que el padre de los cornezuelos sacrificó su cola para ayudar al héroe de Warahai. Y también desde entonces, a los habitantes de Warahai les está prohibido hacer cualquier tipo de daño a los cornezuelos, e incluso usar sus plumas como adorno.

Por eso es tan difícil para un occidental acceder a la colonia de los cornezuelos. Sólo tras innumerables negociaciones, sobornos y promesas de que no dañaría en absoluto a ningún pájaro, mi padre consiguió tener acceso a la colonia.

Cuando estábamos a trescientos metros de la colonia, después de un obstinado silencio, exploté:

-Ese hombre me saca de quicio, no puedo soportarlo.



Vi cómo Robert hacía un esfuerzo por no sonreír.

-Aún no ha hecho nada malo, doctor -dijo con su tacto habitual.

-Por supuesto que no. No voy a esperar a que haga nada malo para odiarle. Mi odio es a priori, y sin justificación previa. Pero no te preocupes, enseguida conseguirá que haya una razón para que desee meterle cuatro tiros. Lástima no tener un revólver para hacerlo ya. Pero callemos. Hemos llegado al campamento.

El día transcurrió normalmente. Avanzamos en el estudio de una joven pareja que acababa de formarse en la colonia; los días anteriores habíamos seguido con mucho interés la evolución del cortejo y parecía que ahora eran ya una pareja estable. Porque el cornezuelo de cola azul forma parejas estables, de por vida. Es más, hay momentos en los que parece que son inseparables, tan fuerte es el lazo que une al macho y a la hembra que parecen estar en todo momento juntos. Una hermosa leyenda de Warahai dice que cuando un macho de cornezuelo (ellos los llaman pájaros de fuego) fallece, su pareja muere de pena en algunas horas. Esta romántica explicación no es del todo cierta, por supuesto; la pareja suele morir en pocas semanas, pero ello es debido a su incapacidad de defenderse de los predadores o a su deficiente alimentación. Sin embargo, es verdad que las parejas de cornezuelos permanecen juntos desde el momento del cortejo hasta el final de sus vidas. Por eso el proceso de cortejo es tan importante y tan laborioso en esta especie.

Cuando un joven cornezuelo está en disposición de formar pareja, busca un nido y atrae con su gorjeo a una hembra. Una vez llamada su atención, el macho comienza un baile ritual que tiene por objeto mostrar la vistosidad de su plumaje y la fortaleza de su constitución. La hembra no se deja



convencer con esa primera demostración de habilidad y se marcha del lugar. El macho asiste a su huida con pesar, pero no se mueve del cubículo que ha elegido: sabe que al día siguiente la hembra volverá para que él pueda intentarlo de nuevo. Y así sucede; al día siguiente la hembra acude de nuevo al nido y el macho la corteja con otro complicado baile ritual, completamente distinto del primero, que es recibido fríamente por la hembra: al acabar el macho ella levanta el vuelo y se marcha a otro sitio. Este proceso se repite durante una semana, con el macho ejerciendo cada vez bailes distintos que crecen en complejidad y elaboración, hasta que finalmente la hembra decide que el esfuerzo es suficiente y recompensa el cortejo del pretendiente con un baile igualmente complicado que el macho recibe con alegres gorjeos. Desde ese momento ambos pájaros forman pareja y no se separarán hasta la muerte de uno de ellos.

-Parece que Lionel también se ha decidido a buscar novia -susurró Robert. Lionel es un joven cornezuelo (acaba de dejar su etapa de polluelo y sólo siendo bondadoso se le puede calificar como un pájaro adulto), al que hemos seguido con mucho interés desde su nacimiento porque es uno de los escasos vástagos de nuestra pareja favorita de cornezuelos, Tristán e Isolda, que a la sazón son el matrimonio más veterano de toda la colonia de cornezuelos, y por tanto sus líderes naturales. Vi con los prismáticos cómo Lionel sobrevolaba la zona, buscando un agujero suficientemente amplio para cobijarle.

-Quizá cuando un joven cornezuelo empieza a buscar pareja provoca con su actitud que otros también lo hagan -susurré a mi vez.

-O tal vez sea sólo la temporada, que ha llegado el momento de comenzar el cortejo.



-Sin embargo parece que siempre son los líderes del grupo los primeros en tomar la iniciativa. Eso podría indicar que el resto espera hasta que el líder decide que ha llegado el momento de comenzar el cortejo.

Como tantas otras especies, incluyendo la humana, el cornezuelo está organizado jerárquicamente, con categorías muy precisas y rígidas. Toda la colonia gira en torno a una pareja de jefes que decide casi todas las cuestiones importantes del grupo. Pero además, y debido al complejo sistema de jerarquías que interrelaciona a cada individuo con el resto de la comunidad, en cada grupo hay presente un líder implícito. Acabábamos de descubrir que tal vez ese líder no era tan implícito; tal vez dentro de cada subgrupo había un jefe que imponía sus normas al resto de los integrantes del grupo.

El resto del día transcurrió mientras acumulábamos datos que fortalecieran nuestra excitante hipótesis. A la luz de nuestra nueva idea, muchas conductas inexplicables cobraban luz; y veíamos que algunas de nuestras deducciones pasadas estaban obsoletas y nos habían inducido a error.

-Hoy ha sido un día realmente productivo, Robert -dije ufano mientras volvíamos, agotados, pero con ese cansancio agradable que parece arrullar los músculos cuando estás satisfecho-. Parece que la presencia de Magnusson no ha enturbiado nuestra buena suerte. Un par de semanas más y tendremos bien calentito un nuevo artículo que hará temblar los sólidos pilares de esta estupenda profesión nuestra.

Cuando llegamos al poblado vimos que Magnusson había vuelto también. Estaba hablando con Aponathawa y hacía grandes aspavientos que contrastaban con su aspecto tan sueco. Tenía la cara ya colorada por el sol y parecía cansado. Estaba demostrando un amplio repertorio de gestos de desesperación. Aponathawa le respondía encogiéndose de





hombros con su característica indolencia y ofreciéndole explicaciones que sin duda no convencían a Magnusson.

-Parece que nuestro buen doctor nórdico no ha tenido demasiado éxito en sus investigaciones. Desde luego, éste es probablemente uno de los mejores días de mi vida.

Robert sonrió y nos fuimos a nuestras cabañas mientras veíamos al doctor Magnusson perder su paciencia.

Aquella noche cenamos de buen humor a pesar de que nos volvía a tocar la especialidad local, pollo con arroz. El pollo lo cuecen acompañado de unas fuertes especias que desvirtúan el sabor del pollo hasta hacerlo irreconocible; el arroz lo sirven siempre muy poco hecho, casi crudo. Cenamos tres veces por semana este pollo con arroz, cuya receta los nativos aseguran que fue dictada por los dioses (no dicen si en recompensa por su comportamiento o si por un arrebato de cólera tan común en las deidades de estas islas). El resto de la semana cenamos un guiso de agutí, una especie de roedor de tamaño mediano, sabor tosco y apariencia bizarra, que sirven con el mismo arroz, pero esta vez muy blando y pasado. En los años que llevamos aquí ni Robert ni yo hemos conseguido ni una vez siquiera que el arroz esté a nuestro gusto, y ya lo comemos sin masticarlo casi, tragando como pavos que saben que el alimento es esencial para mantener las energías, pero sin necesidad de saborear o disfrutar su comida. Ocasionalmente los nativos preparan con orgullo otras delicias, tales como nabos al vapor, curandeiras con arroz (las curandeiras son una especie de hortaliza de sabor bastante insípido), pescado al fuego y arroz con cangrejos.

Desde luego, si Robert y yo permanecíamos en Warahai no era por su formidable propuesta gastronómica.

Estábamos en la hoguera, disfrutando, por decir algo, de los últimos bocados de la cena, cuando Aponathawa se



acercó a nosotros. Tenía una expresión extraña en los ojos y eso siempre quiere decir problemas. Esperamos un poco en silencio. A nuestro lado, un viejo contaba a los niños de la tribu un cuento que trataba de monstruos mágicos y de la valentía de la princesa Tahrahaila, que se enfrentó a ellos por amor a su tierra y terminó victoriosa. Un poco más allá, los jóvenes del poblado probaban sus fuerzas en un juego típico de la isla: lo llaman *abhaurat urawa*, que podría ser traducido como «el palo que mide la fuerza». Es un juego muy sencillo. Dos jóvenes se sientan en el suelo con las piernas en escuadra, uno enfrente del otro. Las plantas de sus pies deben estar en contacto. Entre los dos sostienen un palo ceremonial antiquísimo. El objetivo del juego es, aprovechando la madera, levantar al adversario. Los nativos pueden pasar horas y horas jugando a esto, tratando de decidir quién es el campeón, que disfruta de honores por parte de todos los chicos del pueblo. Cargué mi pipa y la encendí. Disfruté la primera bocanada como si fuera la última de mi vida y yo lo supiera. Aponathawa seguía sin decirnos nada.

-Tal vez deseas preguntarnos cómo nos ha ido el día, Aponathawa -dije de pronto-. Nos ha ido muy bien, gracias por tu interés.

-Me alegro de oírlo, buen doctor -contestó Aponathawa con voz apagada.

-¿Quieres preguntarnos algo?

-No, buen doctor -contestó Aponathawa.

-Pues nada, permaneceremos todos en un cortés silencio para no turbar tus graves pensamientos -dije festivamente.

-El buen doctor está muy contento esta noche -dijo sibilinaamente Aponathawa.

-Lo estoy, lo estoy. Todo me conduce a la felicidad. Y por cierto, ¿dónde está Magnusson? No lo he visto en la cena.

-No vino. El doctor Magnusson estaba cansado. Su día

no resultó ser tan afortunado como el suyo, doctor.

-Sí, lo he visto un poco decaído. Pero seguro que eso no dura: tal vez un par de días más así y nos deje para irse a su casa.

-Yo en cambio creo -dijo Aponathawa-que el doctor Magnusson tendrá mañana mucha más suerte y los dioses le bendecirán con un gran descubrimiento.

Con estas palabras, pronunciadas en un tono grave, Aponathawa se levantó.

-Muy buenas noches.

-Buenas noches, Aponathawa -dijo Robert mientras yo mordía nerviosamente mi pipa. Le vimos alejarse balanceándose con su pequeño cuerpo y sentí los pies helados.

-Aponathawa trama algo -dije.

-No debió provocarlo, doctor Levinstone -respondió pausadamente Robert; pero su rostro estaba pálido y me hablaba con una severidad desconocida en él-. Para Aponathawa el doctor Magnusson es tan respetable como usted. Quién sabe si incluso más.

-Supongo que dependerá de la calidad de su whisky -contesté.

-El caso es que Aponathawa ha llegado a un acuerdo con el profesor Magnusson. Y usted se empeña en azuzarle y hostigarle cuando ni siquiera sabemos si nos perjudica.

-Robert -dije perdiendo la paciencia, mientras le apuntaba con la pipa-, no conozco ningún caso en el que el contacto con el profesor Magnusson no haya acabado en plagio, robo o suicidio. La cuestión es si vamos a quedarnos cruzados de brazos mientras ocurre delante de nuestros ojos.

-No, doctor, la cuestión es si no será usted quien está llevándonos a esa situación con su actitud.

Se levantó y se marchó sin despedirse. A pesar de estar

a un par de metros de la hoguera, volví a sentir frío, y me pregunté si no tendría fiebre. Pasaron algunos minutos. Se me apagó la pipa y volví a encenderla. Se me volvió a apagar y la volví a encender. A mi alrededor los jóvenes de Warahai chillaban excitados al llegar al momento culminante de la competición. Dejé que mi pipa se consumiera y, sin esperar ganador, me fui a mi cabaña a dormir.

Al día siguiente me despertaron unos ruidos furtivos que me parecieron sospechosos. Fuera de la cabaña, Magnusson y el nativo que le ayudaba cuchicheaban entre ellos. Cuando abrí la puerta callaron.

-¿Qué hace aquí, Magnusson?- grité furioso.

-Mi querido doctor Levinstone, no se ponga nervioso, va a despertar a todo el mundo -dijo con su horrible falsa sonrisa de hiena.

-Fuera de aquí -siseé.

Magnusson me hizo una reverencia burlona y se fue, seguido por su ayudante nativo. Se encaminaban hacia su zona de la isla, pero me pareció que estaban esperando una oportunidad para, sin que yo los viera, cambiar de dirección y dirigirse hacia mi colonia de cornezuelos. De impenable humor, fui hasta la cabaña de Robert y golpeé su puerta. Me abrió; ya estaba totalmente vestido. Robert parece estar siempre a punto de pasar revista, impoluto no importa la hora del día o la noche o las circunstancias. Le he visto después de catorce horas de trabajo bajo un sol infernal y mientras yo me desmoronaba, chorreando de sudor, y aflojaba mis ropas, Robert permanecía inalterado, elegante como un lord inglés. A veces creo que es la reencarnación de Cary Grant, que sus calcetines no se atreverían a arrugarse sin pedirle permiso antes.

-Robert, -dije- tenemos problemas. He sorprendido a Magnusson y a su infecto ayudante rondando mi cabaña. Creo

que quieren robarnos la colonia.

-Profesor Levinstone, nadie puede robar doscientos pájaros.

-Sabes lo que quiero decir.

-Aponathawa no lo permitirá.

-Aponathawa se venderá al mejor postor.

-No es cierto y lo sabe. Aponathawa es un intrigante y un fenicio. Pero también cree que los tratos son sagrados porque están bendecidos por los dioses.

Le escuché sin creer lo que decía.

-Eres un ingenuo, Robert. Prepárate. Tenemos un largo día por delante. Al menos mientras nosotros estemos en la colonia Magnusson no se atreverá a acercarse por allí.

Estuvo listo en dos minutos y nos pusimos en marcha. El camino se me hizo pesadísimo. Iba pensando en Magnusson y en qué podía estar haciendo alrededor de mi cabaña. Cuando pasamos por el estrecho desfiladero que comunicaba la zona de los cornezuelos con el resto de la isla me pareció oír pasos escabulléndose. Le hice una seña a Robert para quedarnos parados y escuchar, pero no oímos nada sospechoso.

-Robert, -dije- estoy seguro de que he oído algo. Y además he tenido la sensación de que nos estaban siguiendo.

-Yo no he notado nada. Dudo que nos hayan seguido.

-Sin embargo creo que será más útil que te quedes aquí, en el desfiladero, para estar seguros de que nadie puede acceder a la colonia. Lo siento, Robert, pero no puedo arriesgarme. Quédate aquí e impide el paso de Magnusson, si es que intenta entrar.

Robert pareció resignarse.

-Como usted quiera, doctor.

Continué el camino mientras Robert se sentaba apoyando su espalda contra una de las paredes del desfiladero.

Sacó su bloc de notas y empezó a consultarlo. No importaba si tenía que quedarse allí todo el día: él no perdería el tiempo.

Al llegar a las inmediaciones de la colonia me asaltó un pensamiento desalentador. Por mucho que lo intentara, no podría estar vigilando a los cornezuelos veinticuatro horas al día. Si Magnusson se disponía a romper la palabra que había dado a Aponathawa (y a mí no me cabía la menor duda de que era su intención), yo no podría impedirlo. Mi único consuelo era que su única oportunidad era la noche. Y la verdad es que para un zoólogo la noche en una colonia de aves no reviste mucho interés: sólo podría estudiar cómo duermen los cornezuelos, lo cual no es un comportamiento que levante pasiones ni siquiera entre nosotros los científicos. Mientras Robert y yo mantuviéramos nuestro ritmo de trabajo, dedicando todo el día a la investigación, Magnusson no tendría oportunidad de robarnos nuestros descubrimientos. De pronto se me ocurrió una idea terrible: ¿podría Magnusson aprovechar mis notas y apuntes para escribir una crónica sin tener siquiera contacto directo con la colonia? Eso explicaría su presencia por la mañana en los alrededores de mi tienda: seguramente estaría explorando las inmediaciones; quizá indicando a su ayudante nativo dónde encontrar mis notas en una ocasión propicia. Maldito Magnusson. Sueco hijo de perra. ¿Qué podía hacer? Volver significaría perder un día de trabajo. Pero no ir era arriesgarme a que toda la labor de los últimos días cayera en las manos de Magnusson. Decidí jugármela; después de todo yo llevaba siempre conmigo la mayor parte de las notas; o al menos las más importantes.

Para calmarme encendí mi pipa y me concedí diez minutos de tranquilidad. Frente a mí, la pared horadada donde los cornezuelos habitaban aparecía llena de vida: los pájaros entraban y salían continuamente de los nidos ocultos entre la

hiedra mientras gorjeaban con alegría. Fumé impacientemente. En algún lugar, Tobias Magnusson planeaba su golpe para arrebatarme a mis pequeños cornezuelos. Pues bien, yo no lo permitiría. Jamás me arrancaría la razón de mi existencia. Me lo juré a mí mismo.

El resto del día fue horrible. Aunque observaba a los cornezuelos, mis pensamientos volvían una y otra vez a Magnusson. No resultó una jornada productiva. Muchas veces me encontré escribiendo cosas sin sentido, con la mente puesta en el nativo ayudante de Magnusson que sonreía desalmadamente. A media tarde me di cuenta de que estaba perdiendo el tiempo y decidí iniciar el regreso al pueblo. Según me iba acercando me arrepentía cada vez más de no haber vuelto cuando tuve oportunidad. Podía haber dejado a Robert vigilando el desfiladero, para que nadie pasase durante el día, y yo podía haberme acercado en un momento al poblado para poner en lugar seguro nuestras notas. Llegué al desfiladero y vi a Robert haciendo guardia. Al oírme llegar se levantó.

-Ha terminado pronto, doctor -me dijo.

-Sí, -contesté distraídamente- creo que será mejor que volvamos al poblado. No sé si Magnusson no nos habrá hecho ya una jugada.

Robert iba a contestar cuando oí el crujido de una madera al romperse, a algunos metros de distancia.

-¿Has oído eso, Robert? -dije.

-¿El qué?

-Esa rama rompiéndose -callamos y escuchamos, pero ya no se oía nada raro, sólo los pájaros y el rumor del viento azotando los árboles-. Alguien nos vigila.

-¿Usted cree?

-Lo creo. ¿No has notado nada raro hasta ahora?

Robert negó con la cabeza.

-En absoluto.

-Sin embargo... Hubiera jurado...

Volvimos a quedarnos en silencio escuchando, pero no oímos ningún ruido sospechoso.

-Está bien, Robert -dije-. No puedo arriesgarme en lo más mínimo. Te quedarás aquí un poco más, hasta que caiga la noche. Yo volveré al poblado y comprobaré que todo está bien. Con suerte, podré mandar a alguien para que te releve.

-Pero, doctor Levinstone...

Me fui sin esperar a que terminara y avancé a buen paso, sin querer atender a razones. No habría valido de nada, porque mi decisión estaba tomada, aunque a Robert le pareciera dolorosa o innecesaria. En algunos minutos había llegado al pueblo; fui hasta mi cabaña ansiosamente. Al llegar a la puerta me pareció observar algunos arañazos en la cerradura, pero no parecían recientes. Entré y recorrí con la mirada la habitación: nada parecía haber cambiado. Comprobé mis papeles. Estaban en la misma posición en que los había dejado, no me cabía duda. Suspiré de alivio. Al menos hoy, estaba a salvo de Magnusson. Escondí todos los documentos importantes en un pequeño cofre y lo cerré con llave. Era una medida temporal que no me serviría de mucho si el sueco decidía robarme, pero de momento me podría bastar.

Salí y busqué a Muratawa. Muratawa es un joven nativo que a veces nos sirve de criado a Robert y a mí. Es voluntarioso, tenaz y servicial, tres cualidades que no abundan demasiado en Warahai entre la población local. He visto prácticamente nacer a Muratawa y sé que su fidelidad hacia mí está fuera de toda duda: soy un segundo padre para él. Cuando era niño, le contaba historias fantasiosas de la civilización en Londres que él creía con todo candor. Hoy, basta que yo insinúe algo para que él lo cumpla en el momento.

Lo encontré hablando con un grupito de jóvenes y le llamé. Vino corriendo.

-Doctor.

-Hola, Muratawa, ¿has tenido un buen día? -Hizo un gesto vago que no quería decir ni que sí ni que no, sino todo lo contrario- ¿Has visto al doctor Magnusson?

-Se fue esta mañana hacia su zona, y volvió hace algunos minutos.

-¿Y dónde está ahora?

-En su cabaña.

Le di las gracias a Muratawa y le encargué que fuera a relevar a Robert de su vigilancia. Se marchó corriendo. Le vi cruzarse con Magnusson y su criado nativo, Thaletrameh, que venían muy satisfechos de sí mismos. Tobias Magnusson tenía la cara colorada como un cangrejo monstruoso y el cabello revuelto y sucio como si se hubiera estado revolcando por la selva. Pero en sus ojos vi que estaba eufórico y temí lo peor.

-Buenas tardes, doctor Levinstone. Hermoso día.

-¿Qué hacía hoy en el desfiladero, Magnusson?- le espeté furioso. Se hizo el sorprendido.

-¿Qué desfiladero?

-No se haga el inocente conmigo. El desfiladero que da acceso a mis cornezuelos. Estuvo esta mañana y esta tarde. De hecho viene de allí.

-Necesita usted un psiquiatra, Levinstone. No sé de qué me está hablando. Hoy estado en mi zona todo el día. Y por cierto, con gran éxito -dijo pomposamente.

-¿Por qué? ¿Ya ha robado algún nido de mi colonia?

-No diga tonterías, Levinstone. No necesito a sus cornezuelos para nada. Tengo todo lo que quiero -dijo por fin impacientándose. A su lado, el nativo que le ayudaba compuso una mueca feroz y apretó los puños. Parecía como si se hubiera

transformado de pronto en un perro de presa, los dientes asomando crueles en el filo de la boca, y estuviera a punto de lanzarse a por mí. Se adelantó un paso y echó mano de un machete que llevaba colgado de la cadera; supe que entre los dos estaban dispuestos a matarme para quedarse con mis cornezuelos. Afortunadamente, en ese momento apareció la figura bamboleante de Aponathawa.

-Buenas tardes, profesores -dijo con acento suave-. Me alegra que por fin se hayan hechos amigos. Es bonito llevarse bien -dijo irónicamente-. ¿Han tenido un buen día?

Yo contesté con un gruñido, pero Magnusson entró en el juego y desplegó la sonrisa que le había permitido engatusar a tres viudas y un coronel.

-Ha sido, desde luego, un día estupendo, Aponathawa -dijo disimulando, e intercambió un guiño con él- Tenías razón en todo. Ahora tenemos que irnos. Nuestra jornada de trabajo aún no ha acabado. ¡Hay mucho que poner en orden!

Saludó efusivamente a Aponathawa, estrechando con fuerza su mano, y me hizo una burlona inclinación de cabeza.

-Hasta mañana, doctor Levinstone. Ha sido un placer verle, como siempre.

Se fue, acompañado de su nativo, que no me había quitado ojo. Incluso cuando se iban se daba la vuelta de vez en cuando amenazándome con la mirada.

-¿Qué me has hecho, Aponathawa? -pregunté sintiéndome infinitamente cansado, pesándome de pronto toda la tensión del día y todo el trabajo de los últimos veinte años.

-No sé a qué se refiere.

-Estás a punto de traicionarme. Me siento como Julio César al recibir la puñalada de Bruto. Me ocultas algo, has llegado a algún tipo de acuerdo con Magnusson, un trato que

me perjudica.

-Yo no lo entiendo, doctor, no entiendo qué dice, qué teme, por qué me llama bruto si yo no le insulto. Yo no he hecho nada ni le traiciono con el buen doctor Magnusson. Él tiene su zona, usted la suya, ese es el trato.

Aponathawa hablaba con la dignidad herida y estuve tentado de creerle. Pero luego me acordé del machete del nativo de Magnusson, Thaletrameh, de su mueca feroz y su mirada amenazante, de la soberbia de Magnusson y su presuntuosa manera de comportarse y supe que había gato encerrado.

-No sé qué está ocurriendo, Aponathawa. No lo sé. Pero te vigilo y no dejaré que Magnusson me robe mis cornezuelos.

Aponathawa hizo un gesto con las manos señalando su imposibilidad de responder a mis demandas y se marchó en la misma dirección que su amigo sueco. Suspiré, agotado, y busqué el tabaco en uno de mis bolsillos. Cargué mi pipa y me dejé caer en el suelo para fumar. La tarde había refrescado pero yo ardía como si tuviera fiebre o como si un demonio se hubiera apoderado de mi cuerpo y lo estuviera incendiando a su gusto. Lentamente, me fui quedando dormido.

Cuando desperté, un par de horas después, estaba en mi cama. A los pies estaba Robert, impoluto como siempre, consultando sus notas. Al cabo de unos segundos se dio cuenta de que estaba despierto y sin decir palabra, me tendió una taza en la que había una fuerte infusión.

-Tanta tensión va a matarle, profesor -comentó suavemente, igual que comentaría la posibilidad de que por la noche lloviera.

-Me he quedado dormido -contesté estúpidamente.

-Me han contado su incidente con el profesor

Magnusson -dijo Robert sin mirarme a los ojos. Parecía que estuviera hablando al aire en lugar de a mí, como si se avergonzara de mí-. Su confrontación continua con el profesor no nos beneficia. Aponathawa empieza a plantearse si no será mejor confiar en Magnusson en lugar de en usted.

-Creo que quieren matarme, Robert.

Ni siquiera me miró cuando se lo dije.

-Thaletrameh llevaba hoy un machete.

-Quizá fuera para abrirse paso entre la selva. He oído que algunos nativos tienen esa peculiaridad: les gusta que nada les golpee en el rostro cuando caminan.

-Si no hubiera llegado Aponathawa me habrían matado. Por fin me miró.

-Por favor, doctor Levinstone -hizo una pausa dramática-. No había nadie en el desfiladero. El profesor Magnusson ha estado todo el día al otro lado de la isla. Aponathawa no permitirá que se acerque a nuestros cornezuelos. Me lo ha vuelto a asegurar. Me lo ha jurado por lo más sagrado. Por su familia y por los dioses.

-Eres un optimista, Robert. Crees en el ser humano y en su bondad. Yo no creo en eso. Yo sólo creo en los cornezuelos. Son los únicos de los que puedo predecir su comportamiento

-Como quiera. No le convenceré de lo contrario -dijo finalmente Robert-. Iré a buscarle la cena. No le conviene hacer esfuerzos innecesarios. Volveré enseguida.

Efectivamente, tardó muy poco en volver. Traía una escudilla con un poco de guiso de agutí, que comí sin ganas. Robert me contemplaba en silencio. Cuando terminé de cenar recogió cuidadosamente las sobras y me dijo al descuido:

-Silotahui desea transmitirle sus afectuosos recuerdos y precisa saber si acudirá esta noche para disfrutar de su

compañía-. Pude adivinar el tono de reproche de Robert, tan habitual cuando habla de Silotahui... A veces sospecho que Robert está platónicamente enamorado de mí, o quizá no tan platónicamente. Sí, a veces tengo la certeza de que Robert está conmigo con la esperanza de que algún día yo me convierta a la homosexualidad y le brinde mi amor eterno para justificar todos mis cambios de humor, mis pullas, mi comportamiento de los últimos años y colmarle de felicidad y dicha. Hasta entonces, Robert soporta con entereza la inadmisibile idea de que yo sea heterosexual, o más bien de que lo demuestre abiertamente acostándome noche sí noche no con Silotahui, la hermana pequeña de Aponathawa, sin respetar en absoluto sus sentimientos y preferencias.

En realidad no me gusta demasiado la hermana de Aponathawa. No es una mujer bella, aunque está dotada, por supuesto, del encanto exótico de las nativas. En Londres no le habría dedicado una segunda mirada, no me habría dado la vuelta para contemplarla si me cruzara con ella. Pero estamos muy lejos de Londres, Silotahui es la única mujer que está realmente a mi alcance y he descubierto que Aponathawa aprecia sinceramente mi dedicación a su hermana. Sospecho que tarde o temprano Aponathawa dejará de consentir la relación informal entre Silotahui y yo y querrá transformarla en un matrimonio consagrado con los rituales de su tribu. De hecho me sorprende que aún no haya insinuado nada al respecto, porque para él emparentarse con un poderoso doctor blanco supondría renovar y aumentar su prestigio entre el resto de los habitantes de la tribu.

En cuanto a Silotahui, he acabado cogiéndole cierto cariño. A ratos incluso me cae bien, a ratos me desahogo con ella y le cuento mis frustraciones. Sé que ella no me traicionará porque está locamente enamorada de mí, y me es fiel como un



perro. Se dejaría matar antes que perjudicarme.

Esa noche, después de satisfacer la nostalgia de Silotahui, permanecemos algún tiempo en la cama, yo fumando en la oscuridad, Silotahui recostada sobre mi pecho.

-Tienes muy disgustado a mi hermano -dijo de repente.

-Él también me ha disgustado mucho a mí.

-Cree que estás demasiado nervioso. Que a lo mejor te han echado mal de ojo.

Cuando a Aponathawa no le gustan las cosas que digo siempre sospecha que me han echado mal de ojo, porque le parece inconcebible que un hombre como yo no esté de acuerdo con él. Cree que la única razón para desviarme del camino recto de pensamiento es que alguien me ha embrujado; siempre me ofrece un amuleto que impedirá la acción del conjuro. A un buen precio, claro.

-Yo en cambio creo que es tu hermano el que está nervioso. Se equivoca con Magnusson.

-El otro doctor blanco.

-Sí, el otro doctor blanco,

-¿Por qué le odias tanto? Él sólo dice buenas palabras de ti.

-Las serpientes se acercan en silencio a los nidos de los pájaros; pero luego son implacables al comerse a sus crías.

-¿Por qué le odias? ¿Por qué le temes tanto?

Me concedí una pausa y aspiré de mi pipa. Expulsé el humo y lo vi deshacerse en la neblinosa oscuridad.

-He dedicado mi vida al cornezuelo.

-Al pájaro de fuego.

-Sí, al pájaro de fuego. Toda mi vida, desde que era un niño, me he preparado para estudiarle. Para mí no existió nada más desde los doce años. Llevo en esta isla casi veinte años, no he salido desde que llegué aquí, y todo el tiempo lo he



consagrado a investigar el comportamiento del cornezuelo. Me siento privilegiado porque de entre todos los zoólogos del mundo sólo yo puedo dedicar mi vida a un ave tan maravillosa como ésta. Ahora llega un hombre cuyo objetivo es arrebatarme todo por lo que he luchado tanto tiempo. Pues créeme, Silotahui, no lo voy a permitir. En absoluto. Y pasaré por encima de quien haga falta. De Magnusson, por supuesto, pero si es necesario, también de tu hermano.

-Mi hermano no te haría daño.

Suspiré.

-Tu hermano ya lo ha hecho, de alguna forma. Ha llegado a un acuerdo que desconozco con Magnusson; un acuerdo que va a perjudicarme, aunque no sepa aún de qué manera. Tal vez tú puedas decirme en qué consiste ese trato secreto.

Silotahui permaneció en silencio.

-Me pides que traicione a mi hermano.

-No. Te pido que averigües si hay algo que me pueda perjudicar. Y que me lo digas para que pueda ponerle freno antes de que sea demasiado tarde.

Silotahui no dijo nada, pero yo sabía que acabaría haciendo lo que le había pedido. Hacía ya mucho que había pasado el tiempo en que aún podía negarme algo de lo que yo le pidiera. Ahora, sin embargo, y a pesar de resistencias preliminares acabaría por averiguarlo. Tranquilo, me quedé dormido y mi pipa cayó al suelo. Sin embargo esa noche tuve horribles pesadillas en las que Thaletrameh encontraba la colonia de los cornezuelos y provocaba una espantosa carnicería con su machete. Yo me interponía para evitarlo y caía también malherido, víctima de una cuchillada que me desgarraba el vientre. Mientras me retorcí de dolor en el suelo, veía a Magnusson tomar notas y dirigirse a mí con una sonrisita de

hiena: "Me haré famoso con este artículo, Levinstone: Comportamiento del cornezuelo en momentos de máximo peligro."

Cuando desperté, al día siguiente, Silotahui ya no estaba allí, pero mi pipa seguía en el suelo, con algunas briznas de tabaco caídas de la cazoleta. Fuera, Robert daba discretos golpes a la puerta.

-¿Se encuentra bien, doctor?

No me encontraba nada bien. Me dolía todo el cuerpo y estaba cubierto de un sudor frío que me había destemplado. Estaba seguro de que tenía fiebre.

-Estoy bien, Robert -dije trabajosamente-. Salgo enseguida.

Me levanté como pude. Preparé mis cosas y saqué todos los documentos importantes de su nuevo escondite. Me los llevaría conmigo al trabajo por si Magnusson decidía hacer una incursión en mi cabaña. Salí tambaleándome y Robert me miró con ojos críticos, pero no dijo nada. Nos pusimos en marcha sin pronunciar una palabra. Robert iba primero y se tenía que parar frecuentemente porque yo me quedaba atrás.

El resto del día fue un suplicio, luchando contra la fiebre y el cansancio. Afortunadamente estaba Robert para realizar la mayor parte de las tareas; yo sólo tuve que permanecer en pie, aunque, honestamente, no puedo decir que fuera un trabajo sencillo. Aunque estuve atento a ruidos extraños que podían significar la presencia de Magnusson o de Thaletrameh y su machete, no oí nada raro. Por fin llegó la tarde y yo bendije al cielo. Había sobrevivido a un día más.

Por la noche, después de cenar, Silotahui llamó a la puerta y pidió permiso para entrar. Estaba sonriendo de oreja a oreja, pero cuando vio a Robert hizo un mohín de disgusto.

-Pensaba que estabas solo.

No dije nada y Robert tampoco. Silotahui parecía estar esperando a que Robert se marchara, y él no quería darle esa satisfacción. Por fin Silotahui se cansó de esperar.

-Tengo buenas noticias. Tus pájaros de fuego no corren peligro.

Robert alzó la mirada sorprendido por la revelación. Yo busqué mi pipa, desconfiando.

-Siéntate, Silotahui, y cuéntanos.

Silotahui volvió a dirigir una mirada a Robert; definitivamente no le hacía gracia que él estuviera allí. Pero como no podía hacer nada, volvió a recuperar su sonrisa y se sentó, haciéndome caso sólo a mí.

-Me lo ha dicho Aponathawa, y luego me lo ha contado Talothahua. Parece que Thaletrameh anda últimamente detrás de ella. Así que le he pedido que averigüe por dónde andaban él y el doctor blanco y coincide con lo que me ha dicho Aponathawa.

-Muy bien. ¿Y dónde estaban?

-En su zona. Parece que mi hermano les ha cedido una zona de la isla para que investiguen, como te la dio a ti. Llevan tres días explorándola.

-Eso ya lo sabíamos. ¿dónde está la trampa?

-No hay trampa. Estaban explorando y no tenían éxito, pero mi hermano les ha dicho dónde buscar.

-¿Dónde buscar qué, Silotahui? -pregunté con impaciencia.

-Tus pájaros de fuego. Pensé que ya sabías que lo estaban buscando. Han encontrado otro lugar donde viven, al otro lado de la isla. Dice Thaletrameh que son muchos, cien o ciento cincuenta.

No era posible. Tenía que ser mentira. Sólo había una colonia de cornezuelos conocida en el mundo. Era imposible

que hubiera otra colonia en la isla. Pero, de hecho, si había un lugar en el mundo donde cabía esperar que existiera otra colonia de cornezuelos era precisamente en Warahai. Las condiciones óptimas para la supervivencia del cornezuelo, tan difíciles de conseguir en otros lugares, eran las mismas en un extremo de la isla y en el otro.

-¿Estás segura, Silotahui? -grité casi. A pesar de su habitual flema, Robert también estaba alterado.

-Sí, ciento cincuenta pájaros de fuego, en el otro extremo de la isla.

-Y fue Aponathawa el que les dijo dónde estaba.

-Sí, es un lugar difícil de alcanzar sin ayuda, y Aponathawa fue quien se lo indicó -dijo orgullosa-. Podrían haber estado buscando años sin encontrar el lugar.

Así que por eso eran las sonrisitas de Magnusson. Y la extraña conducta de Aponathawa, al mismo tiempo pidiendo perdón con la mirada y ayudando a mi mayor enemigo a hacer un descubrimiento valiosísimo, tal vez el más importante desde que se encontró la colonia que yo estaba estudiando.

-Tus pájaros ya no corren peligro. ¿Quién querría robarte los pájaros, teniendo pájaros iguales sólo para él?

-Sí -dije amargamente-, ya no tengo por qué preocuparme. No hay razón.

Sobrevino un silencio. Robert, por supuesto, comprendía todas las implicaciones que el nuevo descubrimiento de Magnusson traía consigo. Pero Silotahui, por contra, sólo era capaz de ver el lado optimista de la situación.

-Necesitamos que nos dejes solos, Silotahui -dije.

Silotahui quiso protestar, pero la miré con frialdad.

-Lo necesitamos, Silotahui. Luego iré a verte.

-Como quieras -dijo resignada. Se levantó y se fue,



tras dedicarme una última mirada de cordero a punto de ser degollado.

Apenas cerró la puerta, Robert decidió demostrar su optimismo a prueba de bombas:

-Es una buena noticia. La población mundial de los cornezuelos se ha doblado repentinamente.

-A mí no me parece una noticia tan buena.

Robert fingió sorpresa, aunque estoy seguro de que él sentía lo mismo que yo.

-¿Ah, no?

-Lo importante ahora -dije lentamente-, es averiguar si lo que dice Silotahui es cierto. Tal vez sea una añagaza de Magnusson para que nos confiemos. Preguntaremos a Aponathawa, en esto no podrá engañarnos si se lo planteamos directamente -Me levanté-. ¡En marcha!

Robert se levantó y por un instante su expresión fue la misma que la de Silotahui: resignación, los ojos velados por la incompreensión.

Aponathawa nos estaba esperando. Sospeché que había sido él quien nos había enviado a Silotahui, con instrucciones precisas.

-El buen doctor y su buen ayudante me hacen el honor de visitar mi humilde morada.

-Menos coba, Aponathawa. Sabes a qué venimos.

Aponathawa se encogió de hombros. Trasteó por un rincón de su cabaña y volvió con una botella de whisky que yo no le había regalado.

-¿Una copa, doctor?

-Scapa 12 años. Eso no es barato, Aponathawa.

-Lo sé -dijo Aponathawa sonriendo. Se sirvió un generoso chorro de malta y nos puso una ración un poco más reducida a nosotros-. Es estupendo estar entre amigos,



charlando agradablemente, compartiendo el whisky de otro buen amigo.

Bufé.

-¿Cuándo pensabas contarme lo de la segunda colonia, Aponathawa? ¿Sabes la cantidad de tiempo que hemos perdido? ¿Las oportunidades que hemos desaprovechado?

Aponathawa me miró sin comprender.

-En este tiempo podríamos haber avanzado en el estudio del cornezuelo de una manera espectacular. Hasta ahora nuestras conclusiones eran meras hipótesis porque no sabíamos si el comportamiento de nuestra colonia era sintomático de la especie o sólo una característica peculiar de nuestra colonia, producida por las especiales condiciones del hábitat.

-No entiendo la mitad de lo que dice, doctor.

Hice un gesto de exasperación.

-Es igual. La cuestión es que tú sabías que había más cornezuelos en la isla y no me lo dijiste.

-Usted no me lo preguntó, buen doctor.

-Eres un cínico, Aponathawa.

-Quizá por eso nos entendemos tan bien.

-Vuelves a ser cínico.

Quedamos mirándonos enfrentados. Robert no había intervenido ni una sola vez en la conversación y parecía que continuaba dispuesto a seguir así.

-¿Magnusson lo sabía antes de llegar a la isla, o fue aquí cuando se lo dijiste?

-¿Tiene eso importancia? -preguntó Aponathawa sorbiendo de su vaso de whisky.

-Supongo que en realidad no -también yo di un trago a mi vaso. El licor me quemó la garganta y descendió ardiendo a mi estómago-. Lo único que importa ahora es lo que nos va

a perjudicar. Sabes que me has puesto en una situación muy comprometida.

Aponathawa se encogió de hombros.

-He dedicado toda mi vida al cornezuelo. He construido mi prestigio gracias a ellos. Mi vida no tendría sentido sin mis cornezuelos.

-Aún puede estudiarlos. El doctor Magnusson no entrará en su zona. Me lo ha prometido.

-No necesita entrar para destruir mi reputación o el sentido de mi trabajo. Con dos colonias tan cercanas mis artículos han perdido valor. Mis teorías también. Magnusson no ha hecho nada en su vida, pero con esto alcanzará el mismo reconocimiento que yo; con el mínimo esfuerzo. Tan sólo ha tenido que pagar un poco a Aponathawa. Espero que al menos el precio haya sido justo.

Aponathawa no contestó.

-Si me lo hubieras dicho antes yo te habría pagado lo que él. Mucho más que él.

-Usted no sabe el precio, buen doctor.

-Me es igual. Puedo asumirlo. Podría asumirlo. Aún puedo hacerlo. Te ofrezco el doble de lo que te ofrece él -dije, y la esperanza renació por un momento en mi pecho-. El doble de dinero y le echas de la isla con cualquier excusa.

Vi la avaricia crecer en el rostro de Aponathawa. Se lamió los labios igual que haría un perro si le ofrecieran un trozo de carne sangriento. Pero finalmente negó con la cabeza.

-No puedo aceptar, doctor. Mi palabra es sagrada y llegué a un acuerdo con el doctor. No puedo hacer nada por romperlo, no sería honorable.

Bajé el rostro.

-Entonces podemos concluir que no hay remedio. Mi

vida está acabada, totalmente acabada.

-La verdad es que me sorprende que no haga nada para evitarlo -intervino Robert. Había vaciado de un trago su vaso de whisky y los ojos le relucían extrañamente.

-¿Qué quieres que haga, que mate a Magnusson? -dije bruscamente, con la rabia quemándome las entrañas.

-No me habría sorprendido lo más mínimo si hubiera sido así desde un principio- dijo con voz grave Robert.

Le miré y después miré a Aponathawa; sus ojos decían que para él tampoco habría supuesto un *shock*.

-Quizá en mi próximo pedido a Lombard deba pedir un rifle. Eso solucionaría muchos problemas.

-Eso en el caso de que el profesor Magnusson no pida uno para él- contestó Aponathawa.

Consideré las posibilidades. No me sentía con fuerzas de matar a Magnusson. Aunque alguna vez había fantaseado con la posibilidad de estrangularle o sorprenderle y acuchillarle, aunque en momentos de rabia me habría abalanzado sobre él, matar a sangre fría era algo de lo que me sentía incapaz. Mi temperamento, había que reconocerlo, estaba lejos de poder realizar aquello que habría podido planear. Pero además, ¿cómo solventar la presencia de Thaletrameh y su pavoroso machete? ¿Qué más posibilidades me quedaban? Concluí, mientras apuraba el vaso de whisky, que muy pocas más. A menos que...

No me siento orgulloso de lo que se me ocurrió en ese momento. Y tampoco me siento orgulloso de que mi sentido de la moral no lo impidiera, sino que diera el visto bueno. Pero creo que hoy volvería a hacerlo. Volvería a hacerlo. Lo haría de nuevo porque las opciones eran terribles.

Cuando no hay escapatoria, atravesar el fuego puede convertirse en la mejor opción.



Miré a Robert y a Aponathawa y sentí que la decisión estaba tomada.

El camino era muy similar al que conducía a mi colonia, si exceptuamos la variedad de árboles que rodeaban las lindes. La noche era silenciosa. Sólo algún insecto la rompía chirriando para llamar a las hembras cercanas. Caminé a buen paso durante diez minutos hasta que llegué a lo que parecía un callejón sin salida. Una brusca hondonada conducía a un abrupto acantilado. Una gran roca parecía bloquear el único camino posible, a través de una tupidísima vegetación. Busqué con cuidado y encontré el resquicio que Aponathawa me había contado. A partir de allí el camino resultó más fácil. Una suave pendiente conducía hasta la costa.

Abajo, una maraña de maleza ocultaba las cuevas en que se escondían los cornezuelos. Era muy similar a mi colonia; la misma pared escarpada en la que se intuían las pequeñas cuevas, el mismo tipo de vegetación que rodeaba todo el conjunto. Bajé a ritmo lento, demorándome en mi misión. Cuando llegué al final del camino, a la zona de playa, decidí tomarme un descanso y me senté en la arena. También allí la noche era tremendamente silenciosa. Apenas oía el rumor de las olas acariciando la costa muy suavemente. Ningún animal nocturno se dejaba oír. Sólo la brisa que se entremecía entre las hojas de los árboles y removía la hiedra que rodeaba los nidos hacía algún ruido, como si murmurara y llevara oculto algún mensaje que sólo los animales podían



entender.

Cargué una pipa lentamente, recreándome en llenar la cazoleta con las briznas de tabaco. Por primera vez en tantos días me sentía sereno y relajado, a salvo de todos, de Magnusson, de Thaletrameh y su cuchillo, de las posibles traiciones de Aponathawa, de la mirada inquisitiva pero respetuosa de Robert, de Silotahui y sus mohines de disgusto, a salvo de mi prestigio y mi necesidad de proteger mi vida. Encendí una cerilla y dejé que se consumiera un poco, aspirando el olor a fósforo, antes de aplicarla a mi pipa. Chupé de ella y el tabaco se tornó naranja. La primera bocanada de humo llenó mi paladar. Lo expulsé. Apagué la cerilla con el humo del tabaco y me entretuve en romperla en trozos diminutos, minúsculos, que luego enterré en la arena.

Miré las estrellas mientras seguía fumando. Nunca me han gustado demasiado las estrellas, siempre me ha interesado más lo que había bajo ellas. Pero esa noche estaban muy hermosas, miles de ellas formando figuras que yo no sabía reconocer. Busqué algunas básicas, la Osa Mayor, la Menor, pero era incapaz de reconocerlas. Había demasiadas estrellas y yo no sabía por dónde empezar a buscar. ¡Saber tanto de algunas cosas y desconocerlo todo en otras!

Pensé en tonterías durante un rato. Me acordé de mi padre y supuse que él me habría aprobado. Pensé en cuando yo era joven y toda mi energía estaba encaminada a licenciarme en Zoología para partir cuanto antes a la búsqueda del cornezuelo de cola azul, «un pájaro maravilloso, Paul, un pájaro tan extraño y tan poco frecuente que apenas se conoce nada sobre él».

Pasó un rato y mi pipa se consumía lentamente. Decidí que no podía perder más tiempo y que cuanto antes me pusiera a la obra antes terminaría. Apagué la pipa. No me convenía



andar con ella encendida mientras rociaba toda la colonia de gasolina. Destapé la lata que había traído conmigo y empecé a extender la gasolina por la maleza que rodeaba los nidos de los cornezuelos. Adivinaba dentro de las cuevas transformadas en nidos a los cornezuelos, aguzados los oídos, escuchando extraños ruidos que no significaban nada para ellos y que les debían tener aterrorizados. Ninguno se atrevía a salir, o tal vez pensaban que lo más prudente era quedarse en la seguridad de sus agujeros, mientras yo iba sembrando de gasolina toda la zona, esparciendo meticulosamente el líquido mortal.

Cuando acabé, el esfuerzo me había hecho resollar como un animal. Jadeé mientras descansaba, la lata ya vacía sirviendo de asiento.

Encendí una cerilla. Luego, la arrojé hacia la mancha de gasolina. Prendió como en una explosión, una llama azul, pavorosa, se extendió a gran velocidad por toda la colonia. El resplandor me iluminó y me sentí como Caín descubierto por la voz de Dios: ¿dónde está Abel, tu hermano?

Pronto las llamas afectaban a toda la colonia, toda la maleza estaba ardiendo. El silencio de la noche estaba roto por el crepitar de las llamas, por el fuego devorando la hiedra y cómo ésta moría. Y también por los chillidos aterrorizados de los cornezuelos que, despiertos, aturcidos, espantados, gritaban y trataban de ponerse a salvo de cualquier manera. Incluso a pesar de la oscuridad podía ver las plumas azules de las colas de los cornezuelos, su cuerpo de color rabiosamente rojo, mientras intentaban huir del fuego. Imaginé que las llamas les transformaban definitivamente en pájaros de fuego. Había un alboroto fenomenal mientras los cornezuelos volaban desorientados, aturullados, desplazándose sin sentido de uno a otro lugar, tratando de defender sus nidos contra un enemigo que no comprendían, algunos abrasándose en su intento de



preservar su guarida.

No sé si lloré; quiero pensar que sí, pero no estoy seguro. Contemplé la catástrofe de la manera que, imagino, Nerón contemplaba Roma incendiada. Las llamas iluminaban la costa, me iluminaban a mí, y entre el revuelo, yo sabía que la colonia de los cornezuelos, como conjunto, no tenía ninguna posibilidad de sobrevivir. Que si alguna pareja de cornezuelos sobrevivía a esa noche, no tendría ninguna oportunidad sin el resto de la colonia, sin hogar y con las heridas que el fuego debía haberle provocado.



El regreso fue muy triste. Recogí la lata de gasolina como un autómatas. Por supuesto, no convenía que a la mañana siguiente Magnusson la descubriese allí. Si no encontraba nada raro no sospecharía; podía haber sido un incendio fortuito: un desastre, una catástrofe, provocada tal vez por los dioses que, coléricos, nos castigaban por nuestra impiedad, dirían los nativos. Nada más.

Volví muy despacio, infinitamente cansado. Tal vez podría concederme a mí mismo unas vacaciones: dos o tres días como máximo, hasta que se me pasara la fatiga. Hasta que la fiebre que me llevaba acosando tantos días remitiera por fin del todo. Mientras tanto, sentiría nostalgia de lo que pudo haber sido y no fue. ¡Habría sido tan hermoso tener las dos colonias para estudiarlas! Una podría habérsela cedido a Robert, bajo mi supervisión. ¡Habría sido tan alentador, tan enriquecedor!

Estaba llegando al pueblo y veía alguna de las hogueras que los nativos dejan encendidas todas las noches. Fui de sombra en sombra para que nadie me viese. Pero no había peligro; todos los nativos estaban dormidos. Oí ruido de pasos y me quedé parado, atento a todo lo que no fuera el chirriar de los insectos. No volví a oír nada y eché la culpa a mis nervios. Seguí caminando en silencio. De pronto, al cruzar una cabaña

me topé de frente con el desastre. No pude controlarme y dejé escapar un grito de sorpresa, de rabia, de comprensión: frente a mí, el rostro pálido fugazmente tiznado y mortalmente serio como el mío, su pelo rubio alborotado, sosteniendo como yo en las manos una lata de gasolina tan vacía como la mía, estaba el doctor sueco Tobias Magnusson.





Este libro se terminó de imprimir en
el 20 de Enero de 2006,
festividad de San Sebastián,
en los talleres de Yecla-Grafic.

LAVS DEO



